

COLOR LOCAL

Truman Capote

Color local

Traducción de
Clara Pastor



Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Local Color*

©Truman Capote, 1950; renovado por Truman Capote, 1977

©de la traducción, Clara Pastor, 2021

Imagen de la cubierta: Truman Capote en Portofino, 1955
Fotografía de Giancolombo

De esta edición:

©Editorial Elba, S.L., 2021

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

ÍNDICE

Nueva Orleans (1946) · 9
Nueva York (1946) · 23
Brooklyn (1946) · 37
Hollywood (1947) · 53
Haití (1948) · 65
A Europa (1948) · 83
Ischia (1949) · 95
Tánger (1950) · 109
Un viaje por España (1950) · 125
Fontana Vecchia (1951) · 135

Nueva Orleans

En el patio había un ángel de piedra negra cuya cabeza se elevaba por encima de las inmensas hojas de las marquesas; sus ojos de cristal vacíos miraban fijamente el cielo con el mismo brillo descolorido que uno observa en los ojos azules de los marineros. Contemplaba el ángel desde un balcón verde con intrincados motivos arquitectónicos; mi balcón, al que salía desde las tres viejas habitaciones que habitaba, pintadas de blanco con artesonados barrocos como un pastel de boda, puertas correderas y grandes cristaleras. Al caer la tarde, con las ventanas abiertas, la conversación resultaba agradable y melodiosa; la brisa recorría el interior con el suave murmullo de los abanicos de las damas antiguas. Esas tardes cálidas la ciudad es un lugar silencioso, donde sólo se oyen voces: una conversación familiar que se entreteje con la hiedra que cubre un porche; una mujer descalza que canturrea una nana mientras se mece en una silla sobre la acera acunando a la criatura que amamanta ajena a las miradas indiscretas; las quejas en lengua extranjera de una señora irritada que despluma un pollo sentada en su balcón, dejando que las plumas sueltas floten perezosamente hacia la calle.

Una mañana –un domingo de diciembre, si mal no recuerdo, nublado y frío, con un sol pálido– crucé el Barrio Francés hasta el Mercado Francés, donde en esa época del año pueden encontrarse las más ex-

quisitas frutas y flores de invierno: mandarinas satsuma, a veinte céntimos la docena, flores de Pascua y camelias blancas. Las calles de Nueva Orleans encierran largos y desolados paisajes; cuando están vacías poseen la atmósfera de un De Chirico, y las cosas más inocentes y comunes (una cara semioculta en la luz oblicua que se filtra entre unos postigos, monjas moviéndose en la distancia, un brazo obeso que descansa en una ventana, un niño negro acucillado solo en un callejón haciendo pompas de jabón, observando con tristeza cómo se elevan y explotan en el aire) adquieren un aire de violencia. Aquella mañana me detuve frente a un bloque de pisos; por el rabillo del ojo había divisado un estrecho callejón abovedado, un patio cubierto de maleza. Un mastín blanco de aspecto extraño esperaba inmóvil en la luz glauca de los helechos que brillaba al fondo del callejón, y me dirigí instintivamente hacia él. En el interior del patio había una fuente; el agua manaba delicadamente de la boca de bronce de la estatua de un mono y caía sobre los cantos rodados del estanque que la rodeaba con un sonido desolador de campanillas. Un hombre con cara de bandido, de pelo rizado color platino, colgaba de una de las ramas de un sauce llorón, manso y lánguido, como si formara parte del mismo árbol. En el jardín silencioso reinaba una atmósfera de terror sofocado. Las ventanas cerradas de las casas vecinas lo observaban ciegamente; el rastro plateado de los caracoles brillaba sobre las hojas de las marquesas, nada se movía salvo la sombra del ahorcado. Oscilaba débilmente, de un lado a otro, a pesar de no correr ni una brizna de viento. El diamante falso de la sortija

que llevaba en uno de los dedos centelleaba al sol, y en el brazo tenía tatuado un nombre: «Francy». El sabueso agachó la cabeza para beber de la fuente y yo salí corriendo. Francy... ¿sería ella la causante de su muerte? Ni idea. Nueva Orleans es un lugar lleno de secretos.

Los ojos de cristal de mi ángel de piedra eran como relojes de sol: podía adivinarse la hora por la cantidad de luz que se reflejaba en ellos. Al mediodía eran blancos y, a medida que avanzaba el día, se iban apagando hasta volverse negros: ojos de crepúsculo en una cabeza crepuscular.

Los labios entreabiertos de muchachas rubias sonríen morbosamente desde los anuncios descoloridos pegados en las despintadas fachadas inclinadas de las viejas casas: beba Dr. Nutt, Dr. Pepper, NEHI, Grapeade, 7-Up, Koke, Coca-Cola. En Nueva Orleans, como en todas las ciudades sureñas, proliferan los anuncios de refrescos; las calles de los barrios más desolados están sembradas de tapones de Coca-Cola y después de la lluvia brillan en el polvo como monedas perdidas. Los carteles van despegándose hasta que el viento los arrastra por las calles como plantas rodantes en el desierto. Algunos opinan que esos carteles son bonitos, y empapan las paredes de sus viviendas alquiladas con las bellezas femeninas de Dr. Nutt, Dr. Pepper y Coca-Cola; les sonríen por encima de las cabecera de la cama, ora como guardianas nocturnas, ora como santas matutinas. Hay anuncios por todas partes, impresos, pintados, escritos con tiza: «Madame Ortega: Lectura del futuro. Filtros de amor. Libros esotéricos...»; «Si no tiene nada que hacer... No lo haga aquí»; «¿Está usted

preparado para presentarse ante su Creador?»; «Cuidado, perro peligroso»; «Apiádese de los pobres huerfanitos»; «Soy una viuda sordomuda con 2 bocas que alimentar»; «¡Atención!»; «Esta noche, concierto del coro Ala Azul en nuestra parroquia (firmado) EL REVERENDO».

En cierta ocasión apareció este aviso en la puerta de una casa del barrio del Canal Irlandés: «Entre y vea el lugar donde estuvo Jesús».

—¿Y bien? —preguntó la mujer que me abrió la puerta cuando llamé al timbre.

—Quisiera ver dónde estuvo Jesús —respondí.

Durante unos instantes me miró como si no entendiera; su rostro afilado era blanco como un malvaisco; no tenía cejas ni pestañas y vestía un kimono de percal.

—Eres demasiado bajito, corazón —contestó con una risa entrecortada que le sacudió los pechos—, rematadamente pequeñito para ver dónde estuvo Jesús.

En mi barrio había un café aburridísimo, pues era el menos concurrido de Nueva Orleans, una especie de funeraria. A la dueña, la señora Morris Otto Kunze, no parecía importarle: se pasaba el día abanicándose detrás del mostrador, y sólo se movía para ahuyentar las moscas. Tras la barra, pegados sobre un viejo espejo agrietado, había siete carteles de este tipo: «No te preocupes por la vida... Nunca saldrás vivo de ella».

3 de julio. La semana pasada recibí una invitación de la señorita Y., así que esta tarde le he hecho una visita. Es encantadora, a su manera un tanto anticuada, y divertida, aunque sin pretenderlo. La primera vez

que la vi pensé: es Edna May Olivier;¹ y, en efecto, son muy parecidas. La señorita Y. habla en un tono estudiado, pero su discurso es caótico y sus ojos de color miel no dejan de mirar de un lado a otro escrutando lo que la rodea. Adopta una pose marcial y lleva un bastón masculino de caña de Malaca, pues tiene una pierna ligeramente más corta que la otra; eso hace que su forma de andar recuerde vagamente a la de los pingüinos. «Cuando tenía su edad, ser coja me hacía sentir desgraciada; sí, lo reconozco. Mi padre se veía obligado a acompañarme a todos los bailes y nos pasábamos la velada sentados en las mismas sillitas doradas, toda la noche sin moveros de sitio. Ninguno de los jóvenes invitó nunca a bailar a la señorita Y., salvo uno que un invierno llegó de Baltimore, un tal señor Jones... ¡Pobre señor Jones!... Se cayó de una escalera y se rompió el pescuezo... Figúrese... murió en el acto.»

Mi interés por la señorita Y. es casi clínico, y me avergüenza confesar que no soy el amigo que ella cree tener; no es posible sentirla como alguien cercano, es demasiado fantástica, irreal... improbable, diría. Es como el piano que hay en su salón: elegante pero un poco desafinado. Su casa, vieja hasta para Nueva Orleans, está cercada por una verja negra de hierro desvencijada; el barrio en el que vive es pobre, está lleno de anuncios de habitaciones en alquiler, gasolineras y cafeterías con máquinas de discos. Sin embargo, cuando su familia se instaló aquí –claro que de eso hace

1. Edna May Oliver (1883-1942), famosa actriz estadounidense de teatro y cine de los años treinta, conocida sobre todo por sus papeles de solterona descarada.

mucho tiempo—, no había un lugar más elegante en toda Nueva Orleans. La casa, asfixiada por los árboles que se inclinan sobre ella, muestra una fachada gris y anodina; es en el interior donde la fantasía de alcurnia de la señorita Y. se manifiesta por todas partes. Cuando baja la escalinata, el golpeteo de su bastón de caña hace temblar los cristales; en los espejos, que llegan hasta el techo, se refleja brumoso su rostro, como un corazón de seda arrugado; se sienta muy despacio (observen, mientras lo hace, el cuidado con que vela por la integridad de sus huesos) en la butaca del padre de su padre, un receptáculo endiabladamente severo con reposabrazos rematados en una cabeza de león. Aquí, en la oscuridad fresca de su casa, se la ve hermosa, y segura; está entre las paredes, las verjas y los muebles de su infancia. «Algunas personas nacen para ser viejas; yo, sin ir más lejos, de niña era una criatura horrible, sin ninguna cualidad estimable. En cambio, ser vieja me gusta. Me hace sentir más... —Hizo una pausa y, con un gesto que abarcaba el salón en penumbra, añadió—: Apta.»

La señorita Y. no cree en un mundo más allá de Nueva Orleans; a veces su insularidad la induce, como hoy, a formular comentarios escalofriantes. Mencioné mi reciente viaje a Nueva York y ella, arqueando ligeramente las cejas, se limitó a preguntarme: «Ah... ¿y cómo marchan las cosas en el campo?».

1. ¿Por qué será, me pregunto, que todos los taxistas de Nueva Orleans parecen traídos de Brooklyn?

2. En esta ciudad uno oye hablar continuamente de comida, y es posible que sea cierto que restaurantes